



MANUEL TORRES MARIN: "APROXIMACION AL
SEUDONIMO LITERARIO CHILENO".

[Editorial Universitaria, Santiago, 1985].

Exactamente, desde los tiempos de Raúl Silva Castro y de José Zamudio no se acometía una empresa de esta índole: estudiar la evolución del uso del seudónimo en la literatura chilena. Obra tediosa y prolija, de apariencia nada grata en los mamotretos de los bibliógrafos tradicionales, adquiere de pronto en el pequeño libro de Torres Marín (no más de 83 páginas) la calidad de una vertiginosa novela de aventuras. No se trata sólo de un catálogo de nombres. Junto a los nombres, a la sorpresa de inesperadas personalidades bajo la máscara de ciertos seudónimos, la exposición docta, el análisis del especialista, la doctrina.

Torres Marín (qué nombre más apropiado, entre paréntesis, para un sello editor), con todo lo que sabe y todo lo que enseña, se halla a muchos años-luz, sin embargo, de exhibir la pedantería del dómine. Perseverante e imparcial, busca los mejores testimonios escritos para ilustrar los motivos que impulsaron a tal o cual individualidad a escoger la adopción de un seudónimo. Los de la feligresía, los que conocemos por dentro, o poco menos, el mundo de la literatura, no andaremos de asombro en asombro. Pero, sin asombrarnos, no podremos dejar de meditar en lo insólito o imprevisible que resulta el ser humano, en lo insólito y despiestado, en ocasiones, al mismo tiempo. He aquí el caso de Camilo Pérez de Arce que usó el nombre literario de "Guillermo Blanco" cuando ya el verdadero Guillermo Blanco palpitaba de verdad en la Generación del 50. De otro lado, Rosario Orrego Uribe (1834-1879) pretendió ser una típica madre de su época. No encontró nada más oportuno que firmar sus trabajos como "Una madre". El primero que de forma consecuente llevó un seudónimo — apunta Torres Marín — fue probablemente el llamado Erasmo de Rotterdam (que ni era de Rotterdam ni se apellidaba Erasmo), poniendo así en olvido tanto la bajeza y hasta el bochorno de su origen (era hijo de cura) como la incertidumbre de su patronímico.

La audacia de Erasmo de Rotterdam excusará las innumerables arbitrariedades que, con el paso del tiempo, inundan el campo de las letras. Recordamos, al respecto, que cuando nos iniciábamos, allá en los días del liceo, dimos con un nombre hermosísimo para firmar nuestros desvelos originales (o, mejor, desvelados originales): Federico de Onís. Muy luego nos produjo vergüenza y sobresalto comprobar que Federico de Onís tenía existencia verídica en la cátedra y el ensayismo de lengua hispana. Era nada menos que el "descubridor", en el plano internacional, de la autora de "Desolación". Algo así como lo ocurrido a Camilo Pérez de Arce con Guillermo Blanco.

Para terminar, una pregunta cordial y agradecida al espíritu investigador de Manuel Torres Marín: 1) ¿Quién se escondía tras la firma de "Amorosa", en unos poemas de "ardiente impaciencia" que publicaba "La Nación", los domingos, en la portada del suplemento literario, allá por

ultramos móbiles. sigs. 12-V-1985. P. 15

3451

Manuel Torres Marín, "Aproximación al seudónimo literario chileno" [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Torres Marín, "Aproximación al seudónimo literario chileno" [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile